



LA APISONADORA COMO PUNTO DEPARTIDA PARA UNA NUEVA

EDUCACION SEXUAL

Que un juguetero de aquellos años hiciera un pequeño homenaje a la apisonadora dedicándole un juguete, tiene bastante de extraño. Entonces a un niño se le deslumbraba con un simple cochecillo de cuatro ruedas. El juguete ingenieril -excavadora, tractores, mototraíllas, etc.- es una sofisticación de los tiempos modernos, en que los niños más que niños son pequeños técnicos para el futuro.

Pese a esto, la apisonadora rinde culto a algunas de las constantes observadas en la mayor parte de los juguetes de mi colección. De ellas resalta su rabioso nacionalismo; el amarillo y rojo de su pintura son muestras químicamente puras, y aún hoy apenas deterioradas por el polvo de los años. Como originalidad podríamos hablar de su mecanismo, que la desplaza -adelante-atrás, adelante-atrás, como si fuera un caracol que se arrepiente de su andadura cada vez que logra avanzar unos centímetros. Cuando está en funcionamiento, la apisonadora se distingue también por su peculiarísimo rugido, parecido a los ronquidos de un reloj de carillón con vegetaciones.

Llama la atención que se fabricaran apisonadoras de juguete cuando todavía las obras públicas no debían de gozar de la preeminencia que hoy tienen en cualquier programa de gobierno. El mismo concepto "obras públicas" era algo vago, abstruso e incomprensible para la mayoría de las personas. Se sabía entonces que el Benito tenía un tío segundo que trabajaba en el Ministerio de Obras Públicas y hasta los enterados suponían que algo tenía que ver aquello con las carreteras cuyos baches tanto se criticaban. Pero no se acababa de redondear su contenido. Presentaba los mismos misterios que hoy encierra un neologismo como "marketing" para la mayoría del pueblo es pañol, tan suyo, tan diferente, tan

inconfundible...

Yo mismo pretendí aprovecharme de la confusión para dar un viraje a la expresión "obras públicas", rebautizándola con la más divertida y original nomenclatura de "ubres públicas". El juego empezó traduciendo la palabra "obras" al francés uno fue siempre muy políglota y pronunciándola después para mis adentros: "obvres publiques". Como el fonema era "ubres públicas", pensé cuánto más sugestivo sería un Ministerio que se ocupara de tetas para el pueblo que de construir presas, carreteras y edificios para la administración, cosas todas que en mi niñez me parecían feas, aburridas y no muy útiles.

La proposición puede parecer una "boutade", pero alguien que lo piense con detenimiento observará que no es así. Los educados bajo la égida del obscurantismo hemos sido dominados sin saberlo por el sexo. Una liberalización de éste hubiera creado una generación más sana y optimista que la que actual mente presta sus servicios a la comunidad. Siempre que hablo de este tema subrayo que en mis once años de colegio la conversación que más veces oí a mi alrededor versaba invariablemente sobre el sexo. Los puricastos dogmatizantes lo justificarán diciendo que éramos una generación de obsesos sexuales, pero yo más bien me inclino a pensar que no hacíamos si no expresar la natural curiosidad que cualquier hijo de vecino siente sobre este fenómeno. Curiosidad agudizada por la acumulación de obstáculos que sistemáticamente nos impedían conocer las verdades más elementales.

Algo tan inocente y que a ningún niño le debería ser ocultado, como es la diferente constitución anatómica femenina, me causó auténticos quebraderos de cabeza. Procuraba encontrar respuesta a mi curiosidad en las láminas de los libros de arte que tenía mi padre. La mayor parte de mi tiempo, obviamente, iba dedicada a la contemplación de las obras de Rubens. Miraba extasiado sus gelatinosas ninfas, rebosantes de carne blanca y láctea, y me preguntaba por qué nuestra moral había impedido la perpetuación de aquellas sanas correrías de señoras en cueros por frondosos bosques. Sin embargo, me sentía desazonado. Había, sí, mujeres desnudas, pero no totalmente desnudas. En el rincón preciso, en el lugar fundamental, el pintor se había salido por la tangente, y con una hoja de parra, un discreto pliegue de una túnica caída o, simplemente, una nebulosa, la ninfa velaba su sexo.

Este pudor para con la desnudez femenina en la constelación de artistas universales me parecía una indignante discriminación en contra del sexo fuerte. Estaba harto de ver cientos

de desnudos masculinos con su virilidad fidelísimamente trabajada por el pincel o la gubia. ¿Por qué entonces nos ocultaban el sexo de la mujer?.

El problema se hacía más tortuoso entonces por la carencia de otra información gráfica que no fueran las láminas de dibujo o las reproducciones de cuadros famosos. Revistas como "Play Boy", "Penthouse" o "Lui" eran entonces horribles pecados que ninguno de nuestros padres admitiría en sus casas. Ello explica que el subconsciente de uno trabajara por su cuenta, y le presentara, en sueños, a una Joven conocida de su familia que aparecía desnuda con un sexo tan original como el de un pene exactamente igual al masculino sólo que saliendo lateralmente del pubis.

El desconcierto que me causó aquella revelación onírica fue tremendo. Me hubiera quedado el recurso de contrastar opiniones con mis amigos, pero temía que cayera sobre mí la mancha del pecado, a la que mi honorabilidad se oponía. En consecuencia, fui reconstruyéndome yo mismo, con los pocos datos que poseía -una bebé desnuda era casi mi única pista- la imagen de la auténtica mujer. El lector juzgará si con antecedentes como éstos no es admirable que no hayamos sufrido los de mi generación un duro golpe al enfrentarnos con la realidad.

El rescoldo de la curiosidad sexual, muy precoz en los niños, era alimentado por la incomprensión y el desprecio que oponía la civilización a nuestras inquietudes. La primera vez que, con toda mi inocencia, quise mirar por el ojo de la cerradura del cuarto de mi tata mientras ésta -una gordita simpática de exuberantes tetas se desnudaba, vino mi hermano mayor, y me advirtió que aquélla era un grave pecado. Igual amonestación, más un sopapo, acabó con mi primera y única tentativa de estrujarle los pechos a la tata de marras. Algo tan sano y natural como levantar las faldas a amigas, vecinas y primas cayó en desuso bajo la doble amenaza del infierno y el guantazo de represalia. Total, que hubo un momento en que la libido dormía un largo y profundo sueño, del que solo despertaba contadas veces el Demonio siempre andaba al acecho para, tras breve batalla con la tentación, sumirme de nuevo en el suave letargo de la pureza.

Años después las costumbres se fueron relajando, y el criterio de nuestros propios curas evolucionó ligerísimamente. El día que me enteré que decir la palabra teta no era entregar el alma a Satán dije en alto para mí solo la palabra teta al menos doscientas veces. Experimentaba en ello un placer sanísimo, como cuando tengo la boca llena de "mousse de chocolate" o de polvorones de Estepa. Por fin una luz brillaba en el horizonte. "¿Será posible -

me preguntaba- que esto me haya podido costar en otro tiempo terribles remordimientos de conciencia?". Y continuaba pronunciando la mágica palabra, y me imaginaba enormes ubres flotando del espacio, colgando de las paredes, sirviendo de agarradero en el metro o en el autobús, haciendo las veces de balón de fútbol, de rugby, de voleibol...

Cierto margen de tolerancia fue suficiente para soltar las amarras que me ligaban a mi anterior estado de conciencia. Entonces es cuando me di cuenta de lo útil que sería un Ministerio de Ubres Públicas que sirviera de desahogo a tantas almas de contribuyentes, pendientes aún hoy de los prohibidos placeres del sexo. Seres preocupados, nerviosos, proclives a la violencia, al desequilibrio mental o, simplemente, incapaces de concentrar su atención en su trabajo, acudirían al Ministerio y, tras breve y sencilla instancia respetuosamente elevada al Ministro de Ubres Públicas, recibirían una ubre, natural o de goma esponjada, que podrían manosear, morder, golpear o cubrir de lágrimas, a discreción del administrado. Paralela mente, un Servicio de Información y Documentación del Ministerio de Ubres Públicas acogería de buen grado a niños o adolescentes que, igual que nosotros, sentían su curiosidad aguijoneada por las incógnitas del misterio de la vida, del sexo y de sus naturales manifestaciones. El Ministerio, lejos del aire lúgubre y aburrido de los demás departamentos gubernamentales, ofrecería una estampa simpática, viva y colorista de la vida. La gente no saldría despotricando contra bedeles y directores generales, sino congratulándose de pertenecer a un país tan civilizado que sabe dar a las cuestiones del sexo su correcto tratamiento. Desaparecida su zozobra, los pesimistas abandonarían la idea del suicidio, los violentos la de agredir al taxista que les insultó, los distraídos podrían centrar su atención en su trabajo, y los adolescentes perderían esa absurda sensación de pecado e ignorancia para dedicarse a menesteres más nobles. La imagen del español cambiaría, y esa nueva sensación de libertad nos permitiría mostrar una cara risueña, despreocupada y serena que a buen seguro nos haría menos empinado el camino a Europa.

¿Qué significado tendría mi apisonadora en este utópico país redimido por las ubres públicas?. En todo caso, el de una curiosidad atávica, digna de figurar en el mejor museo antropológico. El de muestra de un estadio intermedio en el proceso de civilización del hombre a través de la Historia. "¿Ves?" -explicaría un papá a su hijo- "Esa apisonadora de juguete pertenece a una época que afortunadamente ya pasó. ¡Imagínate!. Los hombres creían que el único secreto de la felicidad era el progreso material. Hacían pantanos,

centrales eléctricas, carreteras... Y para hacer carreteras necesitaban apisonadoras como ésta. ¿Que si eran felices?. Hombre, relativamente. Tenían coches, y podían hacerlos correr velozmente por las magnífica carreteras. Pero casi siempre estaban avinagrados, de mal humor, nerviosos.,¿Y sabes por qué?. Pues en gran parte porque entonces no había Ministerio de Ubres públicas. ¡Fíjate qué atrocidad!”.

Creo que, en su estático silencio, la apisonadora suscribirá la opinión de este papá. Incluso puede que añada algo de gran valor testimonial la certidumbre de que los niños que jugaron con ella sufrieron lo suyo por algo tan sencillo e intrascendente como es el sexo. Algo que, si no la organización de todo un ministerio, sí habría precisado más luz y más sensatez que la que nuestros gobernantes, padres y educadores nos proporcionaron.

Anexo

ORGANIGRAMA DE UN POSIBLE MINISTERIO DE UBRES PÚBLICAS

Ministro de Ubres Públicas

(Dirige las líneas generales de su departamento)

) Gabinete de Información

Subsecretario Secretario General Técnico) Servicio de documentación

a) Dirección General de Educación en las Ubres

- Sección de Cuestiones Preliminares

- Sección de Cuestiones Propiamente Mamarias

- Sección de Cuestiones Referentes al Sexo Masculino

- Sección de Cuestiones Referentes al Sexo Femenino

b) Dirección General de Ubres para el Desahogo

- Sección de Ubres Gordas

- Sección de Ubres Standard

Cada una de las secciones daría lugar a los siguientes Negociados:

1. Negociado de Ubres para el Desahogo de Nerviosos

2. Negociado de Ubres para el Desahogo de Violentos

3. Negociado de Ubres para el Desahogo de Pesimistas 4. Negociado de Ubres para el Desahogo de Descentrados

5. Negociado de Ubres para el Desahogo de Temperamentales

6. Negociado de Ubres para el Desahogo de Estudiantes, Juventud y Adolescencia.

c) Dirección General de Sanidad de las Ubres Públicas.

Luis Figuerola-Ferretti Gil